

## **Dostoievski, hoy y siempre**

Luis Flores

Una de las constantes en las obras de Dostoievski es la descripción o, a veces, la mera insinuación, de distintas imágenes del paraíso terrenal y, cuando hablamos de la actualidad de este gran escritor, yo, invariablemente, la relaciono con estas imágenes.

A menudo los lectores de Dostoievski hablan del psicólogo que penetró en las grandes profundidades del alma humana, de los abismos que mostró de nosotros mismos, de lo sombrío y oscuro de su obra, de lo enfermizo tanto de sus personajes, como de las situaciones que éstos plantean, del mal inherente a la condición humana y un largo etcétera que sigue más o menos la misma línea. Pero, amigos, si nos quedamos sólo con esta parte entonces habremos dejado pasar de largo al Dostoievski más valioso, a aquel que desenvaina la espada para combatir la anormalidad que hemos confundido con lo «normal» de nuestra esencia y, al mismo tiempo, nos susurra al oído para que prestemos atención al ideal que la aparente realidad parece eternamente escamotearnos. Y el susurro a veces es un trueno que cimbra los cimientos más sólidos: la realidad en la que hemos creído se desvanece para dar paso a la realidad «en el más alto sentido de la palabra». Y si nosotros creemos en el Dostoievski que nos muestra las más grandes bajezas y ruindades y lo llamamos por ello «realista», será seguramente porque creemos que ellas son el reflejo de una verdad acerca de nosotros mismos y, por tanto, siempre será actual; por otra parte, si creemos que la verdadera esencia nuestra está en la realidad más elevada, aquella que se toca «con otros mundos» y que nos habla de una humanidad en estado permanente de gracia, de un ser humano que ha alcanzado el grado más elevado de bondad, de nobleza y de amor al otro, entonces, de igual manera, Dostoievski, hoy y siempre, será actual, lo mismo que si nos movemos entre ambos extremos.

La cuestión es no tanto hasta qué punto aceptamos o no a Dostoievski, sus planteamientos y sus respuestas, sino cuál es el centro de atención que atrapa nuestra vida y nuestro paso por ella. ¿El mal y sus tentaciones? Entonces nos atrapó Dostoievski, pues en sus obras con especial maestría el escritor nos enfrenta a él. ¿El ideal como aquello a lo que aspiramos como raza humana? Entonces igualmente quedamos enredados entre los

hilos de una hermosa «utopía» tejida a lo largo de la obra de este maestro de la narrativa. Dostoievski no es actual sólo para aquellos a quienes no les interesa ni conocer la esencia del ser humano, ni se preguntan por el sentido de la existencia, ni por el destino que nos aguarda, ni por el ideal al cual vale la pena aspirar. Pero aquellos a quienes no les preocupa nada de esto no están vivos.

Así pues, Dostoievski siempre es actual y su actualidad se debe, en gran medida, a que las búsquedas y planteamientos que él realiza en sus obras forman parte de nuestras búsquedas y nuestros planteamientos. Ahora bien, Dostoievski, como pensador cristiano puede parecer nos o no cercano, pero la relación que tengamos con sus ideas y la manera en que aceptemos o no sus respuestas a las preguntas que eternamente nos hacemos como género humano, nada de esto demerita ni puede reducir la importancia de lo que Dostoievski nos muestra en sus obras. Por principio de cuentas, la humanidad necesita de un ideal al que aspirar. No puede moverse mecánicamente sin objetivo alguno. ¿Y cuál es ese ideal? ¿La sociedad de consumo? ¿El desarrollo de una civilización tecnológica? Pero esta misma civilización que hoy se pone la máscara de la democracia, la justicia y la libertad fue la que, casi-casi como un «derecho divino» se sintió elegida y proclamó que «lo tuyo es mío» y con ello trajo el individualismo, la división, la guerra, la lucha por las pertenencias del otro, las plagas y, siguiendo tan noble política, creó los grandes imperios, grandes saqueadores de lo ajeno. ¿Ese es el ideal? Para Dostoievski, claramente, no. Y a pesar de que él habla de un pueblo ruso y de un zar ruso destinados a salvar al mundo, aquí no se trata de una conquista con fines de saqueo, sino una conquista espiritual cuyo sentido es el servicio.

Para Dostoievski el ideal consistía en la transformación de la tierra toda en un templo, en la desaparición de los estados y en la conformación de una humanidad que ha abandonado el concepto de «tuyo y mío», la búsqueda de una felicidad individual y el seguimiento de unos intereses personales o de reducidos grupos. Como creyente cristiano, Dostoievski consideraba que el ideal ni siquiera había que buscarlo, pues ya estaba dado, que existía un plan divino y que el sentido de la existencia del ser humano consistía en realizar ese plan divino aquí, ahora. No dejar la responsabilidad a las generaciones futuras, crear esa realidad que, por otra parte, ya existía, no solamente como una especie de «idea de Dios». Los creyentes no ortodoxos podrían pensar «eso no me atañe»; los ateos, «no es mi ideal», pero las ideas de Dostoievski, a pesar de la marcada tendencia

ortodoxa cristiana del autor, van más allá de cualquier confesión religiosa, a pesar de que se trata de establecer el Reino de los Cielos aquí en la tierra y de que cada ser humano se transforme en una especie de Cristo. ¿Qué esto no es aceptable para un ateo o para un creyente de otra religión no cristiana? Veamos: Dostoievski, reiteramos, habla de la desaparición de los estados, de su transformación y la del mundo en una iglesia y de que cada persona, en un mundo santificado, es un Cristo. ¿Qué implica esto? Una tierra así es el dominio del hombre positivamente (moralmente) hermoso, bondadoso, amoroso, capaz de sacrificarse en nombre del otro, al estilo de Aliosha Karamázov o de Zosima. Un hombre que comprende que la creación divina está aquí, ahora y que es bella y buena y, por ello, se relaciona con ella no como un depredador, sino de manera respetuosa y noble. Para él cada rincón de este mundo es un lugar sagrado, pues el mundo mismo es un templo. El ser humano es un templo, así que cada persona es sagrada para los demás. El bien propio sólo es aceptable en la misma medida en que no hay un bien individualizado que se contraponga al bien común, pues la felicidad propia está en la felicidad de todos y en el servicio para la consecución de esa felicidad. El ateo y el creyente de otras religiones podrían cambiar el nombre de Cristo o la concepción del mundo como iglesia, pero mantener la esencia de la idea y, entonces, se darían cuenta que tal ideal es deseable y que, además, siempre será actual.

Como sabemos, la Revolución de Octubre se dio en Rusia y derrocó al zarismo. La verdadera revolución rusa tenía que haber sido una revolución del espíritu. Y de hecho seguramente en ese tiempo hubo regados por las grandes extensiones de la Unión Soviética muchos Zosimas, Alioshas y Sonias llevando, portando en sí esa bandera con la esperanza de crear un nuevo tipo de sociedad y que estaban dispuestos a morir por eso. Desde esta perspectiva la misión que había atribuido Dostoievski al pueblo ruso como portador de la imagen del Cristo en realidad tendría que ser la misión de los seres humanos de todos los pueblos: transformar, contagiar al mundo con esa emanación de la bienaventuranza. Y el estado debía ser el primero en emanar esa bendición y encender el alma y los corazones de la gente con esa bondad. Un mundo en donde los estados sean sustituidos por una especie de congregación sagrada, libre de pequeñeces y de sentimientos de división y de posesión y dominio, un mundo en donde la Tierra sea toda ella como una iglesia. Los estados transformados en una iglesia donde el Hosana es natural porque la tierra toda emana bienaventuranza. Donde las leyes de los estados no son necesarias porque la única ley es el amor y la única felicidad es la felicidad de todos.

En estos tiempos cuánto necesitamos este tipo de ser humano y este tipo de sociedad con la responsabilidad común e individualizada de llevar bienaventuranzas a los corazones de todos.

No es permisible rechazar las ideas de Dostoievski sólo porque él era creyente y, además, ortodoxo. La verdadera religión está más allá de las distintas confesiones y credos. La verdadera religión ni siquiera tiene que ver con la diferencia de conceptos que se tienen alrededor de quién es Dios, cómo es y si existe o no. En *Los hermanos Karamázov*, a mi parecer, Dostoievski acaricia y desentraña la verdadera esencia de la religión: una religión que une (no puede ser de otra manera), que emana esa bienaventuranza universal y que convierte al mundo en un templo. Alguna vez escuché decir a un profesor de filosofía: «yo soy profundamente religioso». Este profesor se autodeclaraba ateo, pero entendía perfectamente el concepto de religiosidad. Dostoievski era también un escritor profundamente religioso, de este tipo de religiosidad tan necesaria ahora, siempre.